

VIAJAR CON LOS OJOS ABIERTOS

“No he podido descubrir exactamente qué es el feminismo: lo único que sé es que la gente me llama feminista cada vez que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo”.

Rebecca West, 1913.

Agosto de 1997

Ella sabía de forma insegura que aquel viaje podría tener un final ineluctable, pero confió en que esta vez, como tantas otras, sabría parar en un límite. Lo que ella no sospechaba era que su alma se hallaba corrompida por tantas turbaciones, y quizá ya conocía demasiado, gracias a largas escuchas tras su continua celosía...

Gonzo se había quedado sin comida y ella se dio cuenta tarde. Nari no se había duchado aún; la caracterizaba el desorden y la mala organización del tiempo, por lo que llegaría tarde a su destino... Era sábado por la tarde y en el supermercado aguardaba una gran cola de gente impaciente, que resoplaba y miraba despistadamente hacia todos los estantes por si algo se olvidaba. Llegando a la caja había muchos productos, puestos allí con la intención de despertar el capricho a cualquiera. Nari decidió que era hora de cambiar su imagen, quería sentirse atractiva; no conocía a Julia Roberts, pero con ese tinte anaranjado en su pelo castaño claro se parecería a ella. ¡Al fin salió! Subió al ático y abrió la puerta con dificultad, había comprado para toda la semana y acarreaba pesadas bolsas que dañaban sus dedos, macilentos del tabaco. Gonzo la recibió con un leve maullido, seguido de un acuciante ronroneo. Era un gato negro, de ojos verdosos y constitución obesa, debida a su esterilización, que había sido objeto de discusión y

polémica por parte de amigos, que no consideraban bien impedirle el placer y la reproducción al felino; pero ella lo capó para que no se volviera a repetir la historia que a Gonzo le había afectado: el abandono.

Nari merecía una recompensa, por lo poco que había dormido esa semana, por corregir cientos de exámenes que hablaban de lo mismo, así que durante quince minutos estuvo sumergida en la bañera, con sales jabonosas que desprendían efluvios primaverales. Al salir se cubrió la cabeza con una toalla, no quería ver los resultados del tinte hasta que no se hubiera vestido. Para seguir con la ceremonia de relajación empezó a vestirse con pusilanimidad, no sin antes untar su cuerpo con crema hidratante. Decidió que también se pintaría las uñas, además de estrenar unos vaqueros. Cogió el bolso de ante que llevaría al viaje... Ella no lo sabía, pero tenía ante el espejo a Julia Roberts, como en *Pretty Woman*. Por primera vez en mucho tiempo se sentía atractiva, y pensó en Eugenio con esperanza. Nerviosa se perfumó con esencia de vainilla, se cercioró de que llevaba todo en el bolso, cogió las llaves del coche y se puso en camino.

Por la carretera fue con cautela, aunque era consciente de que el recital empezaría enseguida, haría esperar a Eugenio, que lo había puesto todo por aquel día. Nari sacó del bolso un CD que Eugenio le había grabado; era de *Herdeiros da Cruz*, un grupo de la tierra de éste, Galicia. Ella nunca había oído hablar de ese grupo, ni de aquella tierra... Llegó a su destino con veinte minutos de retraso, pero pudo alcanzar a sentarse en segunda fila. Divisó en el escenario a Eugenio, que narraba un cuento infantil, que él había escrito, con ese acento gallego (que no percibía su imaginación) que tanta tranquilidad le transmitía: *“un día Edne y Enne y los demás del poblado sufrieron una invasión de la especie humana. Edne y Enne se resguardaron en un hueco inaccesible del árbol y pudieron salvarse, pero el resto desaparecieron, dejando aquel lugar...”*

Cuando Eugenio acabó de narrar se reunió con Nari, a la que había alcanzado con la vista mientras hablaba; buscaron un lugar donde poder estar juntos, dos butacas contiguas, prestando atención (aparentemente, ya que cada cuál pensaba en el otro). Nari se desplazó de lugar: estaba anquilosada, como alguien que contempla “Muchacha en la ventana” de Dalí, pero ella desconocía la existencia de ese cuadro. De repente se turba y sale de la sala para fumar, él la acompaña, seguidos por la mirada persecutora de la multitud.

-Me voy a casa. Pensé que esto me relajaría... ¿sabes? Llevo una semana agotadora, no consigo concentrarme.

-Espera, te llevo en tu coche, estás muy alterada. Le diré a Rafa que se lleve el mío.

Nari apagó el cigarro, que le había dado una primera calada consoladora, casi entero. De vuelta a la ciudad, en el coche, sólo rompía el silencio Herdeiros da Cruz. La noche ya había caído sobre ellos en una carretera obsoleta, iluminada por una lorquiana luna llena. Silencio... Pronto acabaría el viaje...

Nari lo pensó mucho antes de hablar con voz nerviosa y proponerle que subiera a su piso a cenar. Él aceptó, sólo si cocinaba y ella se relajaba.

Sonrieron abiertamente, pero Nari no vio la sonrisa de Eugenio, ni Eugenio la de Nari.

Salieron del ascensor que subía al ático; la luz automática se apagó. Nari iba a pulsar el interruptor, pero Eugenio la retuvo por la cintura con sus manos y la giró hasta tener su respiración palpitando al unísono con la de ella. Dulcemente la besó. Nari, como pudo, buscó las llaves en el bolso, ofuscada por el calor del roce de sus labios; abrió la puerta y ambos entraron, dirigiéndose toscamente a una habitación, aferrados...

De la mejilla derecha de Nari cae una lágrima solitaria; ya es tarde, su viaje llega a lo desconocido: el sexo con alguien a quien se ama... Hasta entonces sólo había vivido la

violación de un marido impuesto. No podía seguir imaginando su vida como la de una chica occidental, ella es afgana¹. Sentada en su mecedora, balanceándose, se oprime el burka con rabia, se hace daño, y antes de morir desea convertirse en Edne y Enne, los protagonistas del cuento de su amante imaginario, dos caracoles que no entienden de diferencias sexuales.

Fátima Corrales Cisneros

¹ Nota del autor: el simple hecho de ser afgana (del régimen talibán) le prohíbe estudiar y trabajar (sólo pueden ser enfermeras). Unas uñas pintadas le supondrían la amputación de los dedos; una falta como la de descubrirse la cara, azotes; las palizas o violaciones son **derechos** del marido. Una media de treinta mujeres se suicidan al mes... Hace diez años leí un artículo en el que se hablaba de toda esta barbarie...